

# LOS CRONISTAS DE "LA VOZ"

## RENTERIA EN LA LEYENDA Y EN LA HISTORIA

Los «versolaris» cultos.-Enrique Elicechea.-Su aversión por la guerra.-Viejos versos que recobran actualidad.-El P. Rentería, poeta, prosista y dialéctico formidable.-Juan Ignacio Uranga.-Versolari, escritor, artista, makildanzari, humorista, barbero y «koshkero» de «aphisión».-Vida de trabajo.-Anécdotas de Uranga.-¡39 premios!-Su simpática figura.-Las dinastías populares de la villa.-Una lista para muestra.-Y... «aquí termina el sainete».

X

Hemos hablado de bardos por instinto. Hablaremos hoy de nuestros bardos cultos. El P. Rentería, don Juan Ignacio Uranga, don Enrique Elicechea y don Ramón Ilarramendi forman, en el orden cronológico, la segunda categoría en los anales de nuestra poesía popular; pero son, realmente, nuestros primeros y nuestros mejores poetas, no sólo por sus vuelos imaginativos y por su fecundia, sino por su dominio del arte de escribir y su cultura idiomática. Su vasuence es fluido, prístino, cadencioso. Es el vasuence auténtico, no corrompido por la invasión castellana ni por las modificaciones y composuras del «jalkidismo» filológico y literario. Un vasuence comprensible y conversable.

El humorismo de Elicechea aparece plenamente en su sátira contra las solteronas; pero Elicechea no es únicamente humorista y zumbón. Es también un bardo que «siente hondo, piensa alto y habla fuerte». Aparte de sus colaboraciones vasco-ecológicas de «Euskal-Erria» e «Ibaizabal», Elicechea ha concurrido a certámenes poéticos en los que alcanzó merecidos premios. Tengo a la vista dos composiciones suyas, las dos premiadas en Irún, y que gentilmente me ha facilitado don Alberto Arillaga. Constituye una de ellas un bello canto a la confraternidad vasco-española y vasco-francesa, entre cuyos pueblos no debe existir línea divisoria:

«¡Nola! Bagin badean  
guziak anayak!»

(¡Óhm! Si somos todos hermanos!)

La otra poesía se titula «Gerra eta pakia», la «guerra y la paz». En ella dice el autor que ha presenciado en las montañas los cuadros de dolor que ha dejado la guerra entre los aldeanos. Grandes y pequeños, viejos y mujeres lloran la partida de los jóvenes a la guerra. Un viejo exclama, dolorido:

«¡Betiko galdu ditut  
nere lau semeak!»

(¡He perdido para siempre mis cuatro hijos!)

Esto escribía Elicechea en 1903, y difrase escrito para 1921. Cuántos y cuántos aldeanos pueden repetir hoy:

«¡Betiko galdu ditut  
nere lau semeak!»

La guerra se los lleva. «Los soldados españoles se van al moro», que decía Píson.

Después, Elicechea pinta, en un cuadro desbordante de dolor, las consecuencias de la guerra, y exclama:

«¡Orra gerra ekarrik  
dituz mesedeak!»

(He ahí las mercedes que nos ha traído la guerra!)

Recordando la amable paz del caserío:

«¡Alda pakiak baño  
gauz obegarrik?...»

(¡Hay cosa mejor que la paz?  
Cita los versos de «Sempelar»:

«Gerra zallai sartu  
bala bat buruan  
ta aspertuko dira  
seguru orduan.»

(Al que es partidario de la guerra se le mete una bala en cabeza y ya se cansará de serlo.)

Termina Elicechea con este admirable verso, rebosante de vigor:

«Ex dezagula sortu  
gerrik ifiorrekin.  
¡Pakia, bay, pakia,  
mundu guziakin!»

«Que no tengamos guerra con nadie. ¡Paz, sí; paz con todo el mundo!»

Estos poetas que elaman contra la guerra me encantan extraordinariamente. Malo es que los políticos desoigan a los poetas y malo que los pueblos hagan caso a los políticos, que, contra todas las conveniencias nacionales, nos meten constantemente unas veces en guerra de conquista y casi siempre en guerras donde va, como lastre, la tripa de los políticos... Y esto no es alusión. ¡Qué ha de serlo!...

El señor Ramón Ilarramendi ha sido también premiado en un certamen de Irún; pero sus versos no han llegado a mis manos hasta el momento de dar esta crónica a la imprenta. Por eso no puede



Don Juan Ignacio Uranga, en «posse» para LA VOZ

ocuparme de ellos. Igual cosa me ha ocurrido con los versos de un joven e inteligente sacerdote renteriano, el señor Jáuregui, buen «versolari», de quien, como del señor Ilarramendi, podré ocuparme, si es que me decido a reproducir en un libro las presentes crónicas, de acuerdo con un pedido que en tal sentido me han hecho algunos amigos de la villa.

En el caso de hacer el libro, irán en él, aparte nuevas informaciones históricas y biográficas, los mejores versos de «Sempelar», de Uranga, de Elicechea, del P. Rentería, etc., etc. Una crónica sobre la visita de Felipe III a Rentería, otra sobre los bandos renterianos de Oñaz y de Gamba, con sus crímenes, etc.

El P. Rentería, que murió en el conven-

to de Tudela en Junio de 1917, era uno de los escritores nacionalistas mejor conceptuados. Su calidad política y eclesiástica no ha de ser obstáculo para que me ocupe de él, en estas columnas republicanas, con el respeto debido a la cultura, al talento y a la virtud. He leído, en prosa castellana y en verso vasco-gado, numerosas producciones del P. Rentería. Y se advierte al punto su extraordinario temperamento combativo, su «difícil facilidad» en la polémica, su erudición histórica y su vasta ilustración. A través de la cantidad de artículos suyos publicados casi simultáneamente, se ve que el P. Rentería escribía con pasmosa fecundidad, y no artificiales de lugares comunes, sino originales raros, personalísimos. Una fuerza oscura mueve toda su estructura de escritor: el nacionalismo vasco. «Aunque en esto no



Don Juan Ignacio, sentado en la colección interminable de sus «versos», recita «El Eneao» ante el dibujante Martín, y el autor de estas crónicas

se haile uno de acuerdo con él; aunque su argumentación no logre quebrantar las propias convicciones íntimas, hay que reconocer que su lógica pesa; su claridad, encanto; su vigor, admira. «Correrá el tiempo—dice uno de sus biógrafos—y la justicia hará destacar al modesto hijo de San Francisco como uno de los vascos más ilustres por su genio poético, por su conocimiento de la estructura del euzkera, por el vigor de su estilo, así en euzkera como en castellano, en verso como en prosa».

Yo envidio—escribía una vez el Padre Rentería—no a los aduladores, sino a los valientes, a los fuertes que rechazan los despotismos aun con peligro de sus intereses y de sus propias vidas.

Confesamos, de paso, que el P. Rentería no tenía nadie a quien envidiar, porque por «aquí» y por «allá», por el campo en que andamos nosotros y por aquel en que anduvo él, no hay valientes y fuertes con suficiente fuerza y valentía para rechazar los despotismos—cuquiera sea su especie—con peligro de sus intereses y menos aún de sus propias vidas...

Como poesías en vasuence pueden leerse por su cálida expresión. «Argiyo», «Josee Biazaren Abertiya», «Gurenda», «Ama Tamaltzu», etc., etc. Son un primer de estilo y galanura.

En uno de sus artículos sobre la evolución y el desarrollo del derecho del euzkera, recogiendo una alusión, habla el P. Rentería de «la anarquía en derecho y el nihilismo en la biología social»; dice en otra parte que «nuestro lenguaje no es una osamenta de Mammuth, ni ningún fósil arrancado a la edad del rhenoo; en fin, que aquí y acullá, en artículos de polémica o en artículos de exposición doctrinaria, se revela un formidable dialéctico. Llamébase el P. Rentería, Astibia de apellido. Al morir, dió orden de que se quemaran todos sus manuscritos. Murió a los 34 años de edad. Es, pues, una de las primeras figuras eclesiásticas de Guipúzcoa.

En los días en que yo iba a Rentería a

buscar materiales para estas crónicas, recibí una tarjetita de don Enrique Elicechea.

«Amigo Bezas Urrutia—me decía—no deje usted de visitar al vate renteriano don Juan Ignacio Uranga, que acaso le dé noticias interesantes de vates renterianos, pues es tan buen poeta como «Birkenzalle» y sabe muchas cosas».

Recogí su indicación y fui a ver a don Juan Ignacio Uranga. Barbería. Calle San Jerónimo. Ya le conocía yo de nombre, en parte por sus versos, en parte porque fué él quien inició, en LA VOZ DE GUIPUZCOA, con una carta muy oportuna y dos pesetas en plata la suscripción pre-galdós.

«Ya he leído sus crónicas, ya he leído...—empieza diciéndonos don Juan Ignacio—. Me gustan... me gustan... Yo le he leído siempre a usted.

«Mal gusto el suyo...—le digo.

«Usted mandó desde Montevideo aquel sabiograma de felicitación a Usandizaga, al darse allí «Las Golondrinas» por primera vez.

«Es cierto. Yo lo mandé con mi firma y la de varios vascos más, a LA VOZ DE GUIPUZCOA. Iba también la firma de don José María Lizarraga, actualmente en Leiza.

«Le recuerdo bien—añade don Juan Ignacio—. Desde que salió el primer número de LA VOZ yo no he dejado de leer un solo número. ¡Y van años! También he escrito en LA VOZ algunas veces.

Poco a poco, pausadamente, respondiendo a mis requerimientos, este buen renteriano—«koshkero» donostiarra por «aphisión» y adhesión—va deshojando las flores del recuerdo de su glorioso pasado poético. Ya sé que los viejos vascos encocen todos a Uranga; pero yo escribo para viejos y... para nuevos. «Saber local»—diría irónicamente el «Fray Gerundio» de la acera de enfrente—pero sabor local de la más pura calidad, compañero.

Don Juan Ignacio ha escrito en castellano y en vasuence en LA VOZ DE GUIPUZCOA, en «El Pueblo Vasco», en «La Crónica», en «El Mercantil Vasco».

«Por cierto que en ese diario me ocurrió una cosa tremenda.

«¿Y qué le ocurrió, hombre?

«Pues que fui redactor a sueldo de «El Mercantil Vasco». Era la primera vez de mi vida que ejercía el periodismo a sueldo.

«Excelente motivo de regocijo—añadé.

«Es que no es eso lo tremendo. Lo tremendo es que... ¡no cobré nunca el sueldo!»

«¿Porque renunció usted a él?

«No, señor... ¡Porque no me lo pagaron!...

Don Juan Ignacio Uranga ha escrito en «Euskal-Erria», prosa y verso, en vasuence; en «La Baskonia», la excelente revista que mantiene con tesón vizeaino don José R. de Uriarte. Ha escrito, además, once monólogos en vasuence, todos publicados; alguno de ellos—«Ero algarra»—aplaudidísimos. Ha sido fundador del cuadro dramático Euskaldun Fedea; organizador y director de la hermosa fiesta que se celebra anualmente, en vacaciones de San Juan, en la Plaza Constitución; es vocal del Consistorio de Juegos Florales de San Sebastián; redactor de «Euskal-Erria» y además—este es un ademán de 80 HP—, ha alcanzado ¡39 premios en certámenes diversos intra y ultrapirenaicos!... ¡Treinta y nueve premios! Esto da, por sí solo, idea del talento poético de Uranga, de su fecundidad, de su actividad mental y de su insuperable maestría en el manejo de la métrica euzkara. Es, indudablemente, don Juan Ignacio Uranga, uno de los primeros versolaris vascos de la actualidad y el primero de los de Rentería. Su biografía es extensísima. Sus anécdotas, numerosas y curiosas. Su contribución al enalteamiento del euzkarismo, indiscutible. He-